

contrahecha del hombre sería. Lo único que podemos afirmar acerca de ella, sin temor de errar, es que se halla regida por leyes, y por leyes inteligentes. La existencia de la Naturaleza, su supervivencia son de ello la única prueba fedante.

Si el ornitólogo acepta nuevos sentidos en las aves debe aceptar órganos correspondientes que desempeñen la función y en tal caso hay que declarar francamente que se ignoran la anatomía y la fisiología animales. O se aceptan funciones especializadas sin órganos correspondientes—lo cual nos lanzaría en el caos de los monstruos.

Cuán sencillo, sin embargo, sería explicar todas esas actividades concibiendo las inteligencias del grupo o los grupos monádicos dirigentes de la especie. Cada ave es como una célula del grupo, independiente en la apariencia, en realidad atada a él por lazos vivos y reales, por más que invisibles. ¿Acaso los psicólogos que estudian lo que llaman el alma de las multitudes no se han visto obligados a admitir que los seres humanos al formar las muchedumbres se transforman en algo así como las células independientes de un más vasto organismo—o superorganismo—con sus instintos y sus impulsos propios y desligados de la conciencia individual de las personas del grupo? Si tal acontece con hombres, ¿por qué no habría de acontecer así con los animales que aún no han salido de su estado gregario?

Pero esto es ya entrar en el reino de una psicología profunda que aún no ha descubierto la Ciencia de nuestro tiempo, si bien fué patrimonio de la de otras viejas edades.

### 3. La prisión de un Sátiro

La Naturaleza recuerda. Su memoria es infinita. Lo que los hombres, las generaciones y las razas olvidan, ella lo guarda cuidadosamente en su memoria. No ha olvidado el primer grito del hombre que aún resuena en su memoria, ni el primer pensamiento de Dios.

Es susceptible de impresionarse, de conservar y de reproducir que son los tres procesos fundamentales de la memoria. ¿Por qué no habría de poseer una imaginación?

Pregunta absurda. Cuanto existe debe su forma y su ser a esa imaginación, también infinita, de la Naturaleza. Ella crea las formas de minúsculos foraminíferos o microscópicos cristales y vastos continentes en el fondo de los océanos o cirros ideales en las frigidísimas alturas de la atmósfera; ella concibe el cuello de un cisne y la piel del leopardo,

la flexibilidad de un gamo, el canto de un ruiseñor, el ala de un águila. La maravilla de un ojo, la inteligente volubilidad de la mano, la genial arquitectura del cuerpo humano son obra suya. Cuanto de grande y de bello han producido los mortales conserva los rasgos distintivos de la Naturaleza imitada. En este sentido ha de comprenderse el pensamiento aristotélico de que el arte es una imitación.

La Naturaleza crea perpetuamente y no conocemos todas las formas que existen ni mucho menos, cuantas formas han existido.

Cuando de seres extraños se trata suelen los escépticos atribuirlos a creaciones de la fantasía de los hombres—y de los hombres primitivos—como si los hombres disfrutasen de mayor poder creador que la Naturaleza misma, de la cual nosotros también somos hechura.

Si de feraces matrices ella ha sacado al mundo hombres y machos cabríos, no hay ley biológica alguna con prestigio bastante que se contraviniese con la aparición del sátiro.

El sátiro no fué una fantasía pagana,

fué un hecho tan real como el dinosaurio. Seres humanos lo conocieron y le dieron caza.

En la vida de Sila que escribió Plutarco se lee que «Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponía a marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio a Brindis; pero está allí cerca Apolonia, y a la intermediación de ésta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de hierba y de unos prados nacen diversas fuentes que de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo, se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese más que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero».

Así, miedo sagrado en el alma de Sila puso en libertad a un cazador de ninfas.

R. BRENES MESÉN

Syracuse University, N. Y. U. S. A.

## Torbellinos

**H**AY espíritus en formación, así como hay astros en formación. Hay espíritus que son torbellinos: se agitan sin cesar y giran vertiginosamente en torno de una idea o de un sentimiento, hasta que el huracán, que es su ley, les arrastra a girar en torno de una idea nueva, de un sentimiento nuevo. ¿Qué se llevan de cada uno de esos focos de que fueron satélites una hora? Un germen, que será mañana una flor.

Tales almas que ahora parecen inconstantes, sin carácter, versátiles, serán un día los ejes de un mundo; soles que servirán de sostén a un sistema; núcleos de vidas que nutrirán enjambres de almas, y a los cuales irán a pedir verdades y consuelos, los corazones doloridos y los cerebros atormentados.

Entre tanto, desconciertan, y su contacto hiere o lastima. Porque lo que todos desean y buscan en la vida, que es el reposo y la estabilidad, ellos no pueden darlo. Ni la amistad, ni el amor, ni el deber hallarán a su sombra sino un abrigo momentáneo. A cierta hora, en cierto instante, os darán un sorbo de agua límpida; mas si volvéis mañana a beber otra vez, su manantial se habrá extinguido; o más bien, sus aguas, corriendo escondidas bajo la tierra, habrán surgido en otra parte, distantes de vosotros.

Tales almas se desplazan y se transforman constantemente; no son perennes sino en el cambio; dan luz, pero su luz es como las puestas de sol, imposible de cristalizar en un solo matiz; cuando habéis hallado el nombre de su color, ya su color es diferente.

Incomprendidos, e incapaces de comprender, en apariencia, casi no producen más que dolor. Pero nadie sufre más que ellos: su conflicto perenne, su drama sin desenlace, es que si obedecen a su propia ley, no servirán para calmar los dolores de sus prójimos ni para desvanecer sus tinieblas; si se consagran a éstos y marchan a su paso, el torbellino que les agita se transformará en un suicidio lento y cruel, y cada uno de sus soplos agostará su propio corazón.

Nacieron solitarios, y únicamente la callada voz de la soledad puede expresar su pensamiento, y el oído del silencio puede únicamente oír sus quejas.

No son un río encajonado y disciplinado que se preste a mover las ruedas de un molino que dará el trigo a toda la comarca: son la inundación. No son el viento alisio que soplará dócilmente las velas de la barca donde navegan esperanzas e intereses; son la tempestad: su soplo refresca, pero derriba; su lumbre ilumina, pero